

## **Decimotercera carta abierta al pueblo de Maranatha**

(Saturnín, el mejor predicador)

En el inconsciente colectivo de la vida religiosa hay una anécdota que le oí a mi maestro de novicios. Se trata de un monje o de un fraile que era muy torpe para el latín y para toda clase de rezos. En el convento se le tenía por poco observante porque casi siempre llegaba tarde a las reuniones comunitarias, digamos del coro, del refectorio, del capítulo y, también, porque se reía mucho y era poco modesto y muy distraído. El abad le tenía fichado y máxime cuando otro monje le dijo que este religioso, a la hora del silencio profundo, cuando toca la campana para irse a acostar, bajaba a la iglesia y hacía cosas raras.

Una noche el abad quiso cerciorarse de tales acusaciones. Se dio cuenta con horror de que eran verdaderas. Escondido en un confesionario enfrente del altar de la Virgen, vio cómo este religioso inobservante hacía malabarismos y cabriolas delante de Santa María y así se pasaba el rato. Después de varios días de observación, el abad no pudo más y en el momento que se levantó para dar una fuerte reprimenda al osado saltimbanqui miró al altar para pedir disculpas y, ¡oh, sorpresa!, vio cómo María se reía y se lo estaba pasando en grande.

La Virgen le dijo: “Desde el primer día he visto lo mal que lo pasabas en el confesionario. No te enfades con este hombre. En el mundo trabajaba en un circo y no sabe hacer otra cosa que esas piruetas. Las hace en mi honor y es su forma de rezar. Me agrada enormemente su corazón sencillo y humilde”. El abad, siguiendo la regla de San Agustín, para no perder autoridad, no se disculpó ni se humilló delante del susodicho, pero aquella noche se fue a dormir con una misericordia nueva en el corazón.

A los novicios nos hacían bien estas historietas. Cada Orden le aplica dicha anécdota a alguno de sus santos o beatos. Yo creo que pertenece a un inconsciente colectivo común a la vida religiosa que, al estar basada en el evangelio de la misericordia, se defiende, de esa forma, de la tendencia que siempre nos acecha hacia lo serio, lo establecido, el precepto, lo que se ha

hecho siempre, el orden, la rutina y la tradición. En nosotros funcionan sobre todo las defensas. El novicio aún no sabe que el llegar tarde a coro es un crimen. El abad sí lo sabe porque está herido por muchas desobediencias. Acoger a lo pobre es un don. Ver a Dios en la prostituta y en el publicano agrade a nuestra psicología. Para amar a los transgresores necesitamos Espíritu Santo que es el único que nos puede dar seguridad. Desde el don se puede bailar delante de la Virgen; desde la estructura humana hay que ser mucho más serios.

En el mundo del circo utilizan un lenguaje muy semejante al nuestro. Hablan de terapia gestal o, como diríamos nosotros, sanación de gestos. El payaso tiene que someterse a esta sanación hasta llegar al punto que llaman clown<sup>1</sup> o punto cero. Si no lo hace, las gracias y los chistes no le saldrán naturales. Tendrá pose, copiará modelos, imitará a otros, buscará sobre todo quedar bien y eso lo notará el público. En un libro<sup>2</sup>, escrito hace años, tengo un capítulo que se titula el Punto cero. Se trata de algo semejante a lo que sucede en el circo, sólo que aquí la terapia la hace el Espíritu Santo que trata de llevarnos a la pobreza, a la autenticidad, al lugar donde ya no nos valgan nuestras defensas para poder actuar él. Seguro que el saltimbanqui hacía cabriolas delante de la Virgen desde el punto cero de su humildad. No tenía otra cosa. Me agrada que nuestra espiritualidad sea tan de encarnación. El tema del circo me lo contó una persona, no carismática, que trabaja allí, después de oír una charla de las nuestras.

\*\*\*\*\*

En Maranatha hay una chica que la llamamos Blanquita<sup>3</sup>. Es la más inobservante de todos porque siempre llega al final y a su manera. Evidentemente yo no voy a explicar aquí ni las virtudes ni los trastornos de esta mujer. Yo la quiero y me entiendo muy bien con ella. Lo único que nos importa aquí es el testimonio que voy a contar.

Hace poco, cuando terminaron de dar los regalos de Reyes a los niños de Jesús de Medinaceli en Madrid, sobraron algunos que yacían por el suelo medio desechados. Llegó Blanquita y pidió que le dieran uno. Le dieron un peluche, para mí muy feo, que parecía un marcianito con

---

<sup>1</sup> Clown en inglés significa payaso.

<sup>2</sup> Chus Villarreal, *Cristo mi justicia*, Edibesa 2006

<sup>3</sup> Me ha dado permiso para decir su nombre y contar su testimonio.

cuernos. Ella se enamoró tanto de su peluchito que no lo abandona ni de día ni de noche. Le llama Saturnín. Un jueves de este mes de enero, después de dar una charla del seminario que se está celebrando en el grupo carismático de esa parroquia, fuimos unos cuantos a tomar algo a un Vips. Durante la charla había notado que Blanquita hablaba con alguien. Se sentó en la mesa enfrente de mí, apretando sin cesar a Saturnín contra su pecho. De vez en cuando se ponía a hablar ella sola con su marcianito y entonces caí en la cuenta de las parladas de la charla. Como era Blanquita no me extrañó nada ni le presté más atención. Yo estaba de bastante mal humor por otras cuestiones, que no vienen al caso, por lo que podéis imaginar que estaba bastante ajeno de lo que me rodeaba. Mi interés y mi conversación iba hacia otras personas que tenían más que ver con el origen de mi enfado.

Blanquita, claro está, hablaba con otros. De repente sus palabras me captaron la atención. Estaba contando lo que le había pasado en el metro con Saturnín. Resulta que al montarse en un vagón del metro, se dio cuenta que toda la gente estaba muy seria y preocupada. Los veía tristes a todos. Entonces se levantó y se puso a hablar en alto en medio del pasillo con Saturnín. Le decía toda clase de requiebros y cosas bonitas. Al principio la gente le miraba con ojos torvos pensando que estaba loca. Poco a poco, sin embargo, al ver que era inofensiva, los más cercanos comenzaron a sonreír intentando ver al tal Saturnín. Después de un poco, todo el vagón sonreía y estaba pendiente de la escena.

Entonces Blanquita aprovechó la ocasión y les predicó el sermón: “Al entrar en este vagón, les dijo, yo os vi a todos muy tristes y bastante serios. Le dije a Saturnín: “están muy tristes, vamos a alegrarlos”. Entonces me puse en medio del pasillo y empecé a decirle cosas bonitas a Saturnín. Ahora ya estáis todos alegres. Bueno, pues os quiero decir una cosa: “ni Saturnín ni yo hemos sido los que os hemos puesto alegres sino que ha sido el Espíritu Santo, que es muy bueno y os quiere, el que ha utilizado a Saturnín para que no estéis tan serios”. Yo no sé qué efecto produciría esta plática a la gente del metro. Parece que a Blanquita tampoco le interesó mucho porque no hablaba de ello. Lo que sí sé es el efecto que me produjo a mí. El Señor me ungió este relato, se me fue el enfado, me puse contento, Saturnín me empezó a parecer un ángel. Cogí el móvil, les saqué una foto y la puse de imagen de pantalla.



Reflexionando sobre este suceso lo primero que me vino a la mente fue mi incapacidad de hacer algo semejante. Llevo más de cincuenta años de cura y me veía totalmente incapaz de hacer algo semejante. Proclamar la verdad del Espíritu Santo que alegra los corazones en un vagón de metro utilizando un instrumento tan pobre como un Saturnín... imposible. Mi dignidad no me lo permite. Ni mi sentido del ridículo disfrazado de respeto a los demás. Me convencí pronto de esta gran verdad, pero tampoco me amilané. Los pobres son de Jesucristo y en relación con su anuncio él le da la pobreza a quien quiere y como quiere. Di gracias al Señor porque él a veces utiliza instrumentos tan pobres para recordarnos que la predicación es suya, se la da a quien quiere y nadie se puede posesionar de este don como tampoco de cualquier otro.

En Maranatha ha habido siempre mucha predicación y muy buena y la sigue habiendo. Sólo una gran predicación ungida es capaz de hacer una comunidad. Sin embargo, está claro que esta predicación no nos pertenece. Si nos apropiamos de ella el Señor nos deja que sigamos por bastante tiempo pronunciando palabras pero cada vez hay en ellas menos de él, Pronto comienza a ser un címbalo que retiñe. Yo soy uno de los predicadores de Maranatha y por eso me llegó al alma el mensaje que el Espíritu Santo nos envía con el gesto de Blanquita.

\*\*\*\*\*

Actualmente en Maranatha da la enseñanza mucha gente. Prácticamente todos los que llevan unos años de fidelidad y asistencia, y estén dispuestos a hacerlo. Podemos calcular, grosso modo, que son unas treinta personas las que llevan hoy adelante en nuestra comunidad el ministerio de la enseñanza. Algunos no están conformes y se quejan porque, según ellos, estas charlas son demasiado testimoniales. Echan de menos una predicación, digamos, más dogmática. Dicen que en Maranatha no hay predicación. Yo sin embargo, cuando voy de paseo y escucho las enseñanzas de cada miércoles me admira la enorme riqueza de todo lo que se dice en este pueblo. Invito a cualquiera que quiera hacer la misma experiencia que se baje de la web de [www.maranatha.es](http://www.maranatha.es) estos sencillos discursos y se dará cuenta de esa riqueza de la que hablo.

Voy a reflexionar un poquito sobre esto porque no quiero que caigamos en una de esas trampas de orgullo y soberbia en las que el demonio se suele emplear a fondo y más cuando la calidad espiritual de la persona o del grupo es alta. En el año de 1997 mis superiores me trasladaron de Móstoles a Madrid. Mi nueva residencia y mi ejercicio sacerdotal pasaban a depender de otra diócesis distinta de la Madrid. Móstoles pertenece a la diócesis de Getafe. Al poco tiempo de incardinarme en el nuevo obispado pedí una acreditación por escrito de mi autorización para ejercer como sacerdote. Me interesaba porque yo viajo mucho, sobre todo por motivos de predicación. Recibí el siguiente mensaje en latín: *Con estas letras te concedemos la facultad de dirigirte a cualquier clase de fieles durante cinco años. Rogamos también a todos los ordinarios de lugar por donde pudieres viajar que acepten con benignidad estas licencias ministeriales y te concedan ejercerlas*<sup>4</sup>.

Una de las concesiones ministeriales de las que habla el rescripto anterior es la de predicar. Es decir, nadie puede predicar en una diócesis sin permiso expreso del obispo. Cualquier obispo te puede pedir cuentas de algo que haces sin una acreditación y permiso expreso. Yo sé que las cosas han cambiado actualmente bastante. No obstante, he querido citar mi caso personal para que nos demos cuenta de que el derecho y la facultad de predicar le competen sólo al obispo y a aquellos a quienes éste se las

---

<sup>4</sup> *His litteris facultatem ei facimus discedendi ad omnes populos per quinque annos, reverendissimos ordinarios rogantes ut eum benigne excipiant et commendatum habeant atque sacrum litare permittant: habet, enim, licentias ministeriales.*

conceda. Es un caso parecido al de la confirmación. No las concede si no hay una preparación idónea y un estudio oficial apropiado.

Es cierto que en Maranatha hay muchas personas que tienen una gran sabiduría y una honda experiencia del Espíritu. Ahora bien, eso solo, no da derecho a predicar pero sí permite dar testimonios de alta calidad e, incluso, permite relacionarlos y revestirlos con lo leído en la Sagrada Escritura. Siempre que se ha programado en Maranatha una predicación por temas ha sido una pena por la incompetencia de los que los han dado. Dar testimonio de Jesucristo, en cambio, no necesita la misma competencia. Esta predicación, basada en la experiencia personal y discernida por el grupo, la puede ejercer sin problemas cualquier persona incluso no muy preparada teológicamente. Tratar de hacer una predicación dogmática o catequética corresponde a los que tienen un permiso expreso que suelen ser los sacerdotes y alguna otra persona muy preparada en teología. Si no se tiene esa preparación y ese permiso se puede pecar de ilegalidad y de presunción que es un vicio contra el santo Temor de Dios.

En la Renovación carismática vemos predicar a muchos seglares y generalmente en muy buena onda porque lo hacen desde su experiencia o desde diversos carismas que han ejercitado. No entran en cuestiones dogmáticas ni se erigen en maestros por lo que no hay nada que objetar. Proclaman su propia experiencia, dan su testimonio personal que, por otra parte, es donde mejor se puede hacer el anuncio kerigmático de Jesucristo. El kerigma consiste en anunciar a Jesucristo muerto y resucitado actuando en la propia vida y para eso está capacitado todo cristiano que tenga dicha experiencia. *Os anunciamos lo que existía ya desde el principio y nosotros hemos visto y oído. Lo que han palpado nuestras manos y contemplamos acerca de la Palabra de Vida que se ha manifestado y que al verla damos testimonio de ella* (1Jn 1, 1-2). La predicación testimonial es, pues, absolutamente necesaria en nuestros días. Hoy son más necesarios los testigos que los maestros. Lo que no sería de recibo en la Renovación es dar clases sin preparación y sin estudios adecuados. La formación y la catequesis deben hacerla personas preparadas. No basta una larga experiencia del Espíritu ni tener grandes carreras universitarias de otra índole. Vuelvo a repetir que aquí puede haber un grave pecado de soberbia, de presunción y de ilegalidad con respecto a lo legislado por la Iglesia. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que ningún seglar puede hacer una predicación

doctrinal en la Renovación? Sí, cuando se esté preparado. Hoy, es verdad, se están reactivando muchos carismas catequéticos y se abre más la mano. Por eso se puede hacer pero siempre con humildad y no como un derecho, sabiendo lo que piensa la Iglesia sobre ello.

En Maranatha actualmente hay varios miembros que están estudiando teología en la Universidad de San Dámaso y en alguna otra facultad. Este es el buen camino para todos los que sientan necesidad de una predicación más doctrinal. No se prohíbe una preparación y estudio dogmático aunque la Iglesia se reserve el derecho de discernir quién debe ejercerlo en público. El estudio dogmático se refiere a la tradición de la Iglesia. No somos protestantes sino que tenemos un sentido muy desarrollado de la importancia de la tradición y de la inserción en ella de cualquier experiencia espiritual. Los protestantes como sabéis desechan la tradición como fuente de la fe. La Iglesia católica acepta la Biblia y la tradición como bases de la fe. Los protestantes sólo la Biblia. ¿Qué sucede con esto? Que su predicación es puramente bíblica. Estudian la Palabra de Dios por activa y por pasiva y se alimentan de ella. Son maestros en ese arte y nos pueden enseñar bastantes cosas.

Ahora bien, tienen una teología muy escasa y muy poca dogmática. Los pastores dan la tónica y sus enseñanzas son pura exégesis: unas veces, científica y otras, experimental por lo que su formación y el crecimiento en comunidad se ven seriamente dificultados. Su religión es personal, sujeta al libre examen de cada uno. Se pueden dividir indefinidamente en iglesias porque les falta el fundamento de la tradición y del dogma. Yo creo que el Señor es muy bueno con ellos porque les regala continuos avivamientos que florecen como la espuma pero que desaparecen pronto por la falta de cimentación. Adolecen de falta de estructura ya que los sacramentos los han desvirtuado. Si no fuera por estos continuos avivamientos con los que les mantiene el Espíritu, probablemente ya habrían desaparecido. Es malo carecer de raíces porque se debilita mucho el principio de identidad y le es a uno muy difícil sentirse pueblo y crecer desde ahí.

Maranatha nunca ha descuidado su dogmática particular. Hay una teología y una raíz en este pueblo. No le pertenece a ella, es de la Iglesia, pero en ella se está reavivando y rejuveneciendo. En Maranatha se ha redescubierto el tema de la gratuidad y del don, se han superado muchos moralismos trasnochados. Hay una seria fundamentación escriturística de

estas nuevas experiencias y se ha construido una teología desde esas experiencias que es novedosa y entronca plenamente con la tradición teológica y con lo que el Papa está enseñando ahora mismo. En Maranatha se está formando un pueblo con raíz. Somos católicos y estamos marcados por la tradición, incluso por la nuestra. También hay que ilustrar dogmáticamente nuestra propia tradición. Sin embargo, la mayoría de las predicaciones no tienen por qué ser dogmáticas. El testimonio contribuye tanto o más al crecimiento y al compartir de la fe. Las predicaciones testimoniales de Maranatha no me parecen nada frívolas. Al contrario es lo que hay que predicar para compartir la fe de cada uno, para conocernos, para que llegue a los más nuevos y a los más pobres. El testimonio en nuestro pueblo chupa de una raíz muy profunda que se ha ido formando en sus casi cuarenta años de existencia. Por eso las predicaciones testimoniales son de alta calidad y más lo serán con el ejercicio y la superación de los nervios. Este pueblo, por la gracia de Dios, nunca ha carecido de sacerdotes que pueden ahondar en los temas teológicos y dogmáticos. Ellos son los más preparados para hacerlo. El sacerdote siempre será el signo y la representación viva de la tradición de la Iglesia. Hemos pasado del clericalismo al seglarismo. Pues bien, el seglarismo que invoca alguno diciendo que la Renovación es un movimiento seglar que no necesita de los sacerdotes nada más que para confesar y decir Misa, está destinado al fracaso.

\*\*\*\*\*

Pienso que en toda la Renovación carismática es hora de que se vaya formando un núcleo de santidad. Si tenemos un cometido de renovación en la Iglesia, creo que la primera parte que hemos llevado a cabo de restauración de los carismas ya se ha cumplido. En la Iglesia han cambiado los gestos, las canciones, la forma de orar. Se habla del orar en lenguas, de la profecía, de la sanación. Se va entendiendo lo que significa una predicación o una asamblea ungida. Estos son magníficos logros pero debemos de entrar, el Espíritu ya lo está haciendo, en un crecimiento en santidad que llegue a renovar la espiritualidad profunda y la dogmática de la Iglesia.

Los carismas, por sí solos, conducen a bien poco. El proceso del crecimiento no está en ellos. Es más, son pasto de cualquier espíritu. Hoy hay una terrible plaga de gurus y excentricidades carismáticas que pululan



por doquier. Hay muchos foros y realidades culturales en las que se ora en lenguas, se practica la sanación, se juega con los espíritus y se imitan las realidades culturales y sagradas. Para salir de este mercadillo secular de carismas basura y realzar los verdaderos, el Espíritu nos tiene que hacer entrar en una segunda etapa de santidad. El ejemplo que se me ocurre es el del repollo. Esta planta, al principio va echando hojas que no tienen unidad entre sí. Más tarde, desde el propio centro, brota un cogollito que se va haciendo grande hasta convertirse en algo que define a la planta. El cogollo se llama repollo y sirve para ser comido produciendo energía. El cogollo está formado también por hojas, las mismas del principio, pero no sueltas e independientes sino entrelazadas y formando núcleo compacto. Es importante no quedarse en hoja suelta.

En Maranatha ya está formado este núcleo compacto. Desde ahí se puede crecer en santidad. Se alcanza con la fidelidad y la asistencia, alimentándose cada miércoles de las raíces de esta ya vieja planta. Este núcleo se compacta en torno a una gran experiencia que es la de la gratuidad de la salvación. Maranatha se hace comunidad porque cree que ya estamos salvados por la muerte y resurrección de Jesucristo. Esa es su verdad, esa es su alegría y ese su gozo. Aquí ya no se pierde el tiempo tratando de ganarse el cielo; al contrario ese cielo se celebra en cada eucaristía, en cada día de asamblea, en cada alabanza. El centro de Maranatha no es su pecado, su imperfección, sus debilidades que son muy reales y están a la vista sino el Señor que nos ama y nos salva aun siendo como somos. Esa es nuestra riqueza que es muy exportable pero eso es tarea del Espíritu Santo.

El crecimiento en santidad se consigue acogiendo cada vez mejor a Jesucristo Salvador. De ahí brotarán carismas verdaderos y lo que Dios quiera. De ahí brotará una gran predicación fundamentalmente testimonial y experimental. Mientras haya una predicación testimonial sabremos que el aire no se ha convertido en arena, sabremos que no nos hemos cosificado, sabremos que seguimos creciendo y que Jesucristo sigue actuando. La predicación en el metro de Saturnín está viva porque proclamó al Espíritu Santo, al que recibimos por estar salvados, el que nos ama y se ha derramado en nuestros corazones, el que quiere poner alegre a todo un vagón de metro.

El problema es convertir el aire en roca, es el de cosificarnos. El abad había cosificado la alabanza del coro y por eso no podía aguantar las cabriolas del monje saltimbanqui. El hombre puede cosificar todo lo que esté a su alcance y con ello mata la vida y la misericordia. Los protestantes pueden cosificar la Palabra, hacerla un absoluto y separarla del Espíritu Santo con lo que siguen adorando su ídolo que ya no les da vida. Nosotros hemos convertido la gracia en una cosa, los sacramentos en una magia, la moral en un ideal, los mandamientos en el fin supremo. Pues bien, cumplir los diez mandamientos no hace a uno cristiano. También los budistas hacen algo semejante. A nosotros en Maranatha nos interesa ser cristianos.

No hay que fiarse, sin embargo, porque también Jesucristo puede ser convertido en cosa, concepto, cliché. Por eso, el único Cristo que nos vale es el que nos enseña el Espíritu Santo. Los que creen en Jesucristo sin una experiencia viva del Espíritu Santo lo tienen muy crudo para poder dar un testimonio, para predicar testimonialmente. Igualmente los que creen en el Espíritu Santo sin la humanidad de Cristo se encierran en una burbuja que puede estallar. Lutero y Calvino democratizaron demasiado la gratuidad de la salvación. Eliminaron la mística por el igualitarismo de la gratuidad. Según ellos ningún hombre puede ser más que otro ni tener más gracia. Con ello se elimina también la posibilidad de dar un testimonio coherente. ¿Quién puede contar algo que no haya sido dado a los demás?

\*\*\*\*\*

En cierta ocasión me dijo Pedro Reyero: “Chus tú y yo mientras seamos amigos de Francisca vamos por muy buen camino”. Me lo dijo un día que, al terminar la oración, nos dio tremendamente la vara primero a uno y después al otro. Lo decía con ironía pero expresando una verdad muy profunda en la que él creía a pies juntillas. Francisca era una religiosa de Maranatha no sólo pobre sino amiga de los pobres. En aquel momento trabajaba en un albergue de acogida cerca de los dominicos de la carretera de Alcobendas. Por cierto, Francisca no es un mito o una disculpa que yo pongo para decir mis cosas, como me dicen algunos. Todavía vive. Sigue marcada por el sufrimiento y la pobreza y se le puede visitar. El ministerio de enfermos de Maranatha le haría mucho bien si le hiciera alguna visita<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Francisca Martínez está en el Centro gerontológico AMMA, cerca del Puente de Vallecas, calle Baltasar de Santos, 2. Tel: 91 328 7070, ext. 131

Maranatha ha sido siempre un pueblo extraordinariamente marcado por la sensibilidad hacia lo pobre. Se trata más bien de una pobreza interior, de Espíritu, pero está bien claro que la pobreza externa es una parábola de la interior. El saltimbanqui, Saturnín y Francisca no son personajes de una fábula sino de una experiencia de Dios muy profunda. Es el propio Espíritu Santo el que crea el hueco entre nuestras aspiraciones, riquezas y expectativas para que quepan estos personajes. Ser amigos de ellos es un don que te acerca a Jesucristo, el pobre por excelencia. A mí siempre me atrajo la procesión madrileña del jueves santo en la que se saca el paso de Cristo, el pobre.

La predicación de Maranatha de la gratuidad exige el correlato de esta pobreza interior extrema porque no puede darse una gratuidad total si no hay una pobreza total. Julio Figar, sacerdote carismático de Maranatha, que murió muy joven, recibió un día una carta de una chica diez años más joven que él que le decía:

*Siento una profunda necesidad de orar por todos, por mí y por vosotros, por cada pobre y por Xto en cada pobre. Una oración centrada en el amor al Hijo, al Hijo Amado, en una enérgica alabanza a la Trinidad y en una petición del PAN de la Vida al Padre. Sí, sé que hay pobreza en nuestras vidas, somos hojas viejas del otoño, cristales opacos donde la luz se enturbia. El Maestro me enseña a amar la pobreza por todo lo que ésta ensalza a nuestro Creador. Por eso ya no pido que cambien nuestras situaciones, pero pido el pan de cada día para poder vivirlas.*

*¿Sabes, Julio? Somos mendigos; y, si no, haz la prueba: ponte de rodillas, abre las manos, júntalas y ahuécalas formando un canastillo. Y ahora, pide el pan de cada día. Sentirás la gran misericordia y Amor de nuestro Dios, y la honda pobreza interior. Y sentirás la necesidad de pedirlo día a día, y lo recibirás siempre con infinito Amor. Este pan nos sustenta en la fe y en el Amor de Xto. Mas, si algún día perdiéramos la fe, es tan grande e infinita la misericordia de nuestro Dios, que aunque la perdiéramos, nunca seríamos ateos, sino pobres; tan pobres que Dios habría permitido que creyéramos que no creemos.*

Esta pobreza no es sólo individual y personal sino comunitaria, corporativa. Hemos de vivir y pedir el pan de cada día, el pan de la eucaristía, para seguir siendo carismáticos. Si lo somos sin sentir la contradicción de serlo es que ya nos estamos acomodando. Tenemos que sentir y gozarnos de que no somos valorados por nadie, nadie nos quiere,

no interesamos a nadie en la Iglesia, pasan olímpicamente de nosotros. Nos dará rabia y sentiremos lo que se pierden pero, de rodillas, tenemos que decir: “Señor, utilízanos como un Saturnín”. Si el evangelio nos duele en la carne es que está siendo fructífero. San Pablo decía: *No me avergüenzo del evangelio* (Rom 1, 16). Eso quiere decir que le entraban tentaciones de avergonzarse. Con lo cual vivía el evangelio pobremente, confiando sólo en Dios.

Lo peor que nos puede ocurrir es querer que el mundo mejore y vivir para ello. No seamos ingenuos; no va a mejorar nada. En setentaseis años, yo no he visto ni la más mínima mejora. Si ya está salvado, ¿para qué tiene que mejorar? Ya está todo él en manos de Cristo. Eso es la esencia del evangelio aunque pocos lo vean y se lo crean. Lo único que interesa ahora es enterarse de esta gran verdad. Ser amigos de Francisca es no sacar ningún provecho; si es una pobre... Ser carismáticos es perder la vida. Sin embargo es ir por muy buen camino. Somos de los pocos que dejamos que actúe la salvación de Cristo, nos alegramos de ello, le damos gracias, le cantamos cantos de otra orilla y no le robamos la gloria queriéndonos hacer mejores a nosotros y al mundo.

Lo único que tiene que hacer el mundo para mejorar es creer que ya está salvado, que el Espíritu Santo renueva la faz de la tierra, que son los dones del Espíritu Santo como dice Benedicto XVI, los que tienen que regir la economía y todo el devenir del mundo material. El mundo aún no lo sabe, nosotros nos vamos enterando de algo y reaccionamos. ¿Es que hacemos el tonto alabando a Dios? No, estamos ensayando el canto final de toda la creación, cuando todos, incluso el cosmos, se enteren de que ya están salvados.

De ahí que la predicación más coherente en un pueblo de salvados sea la testimonial. Cuando yo era pequeño, a la gente de mi pueblo le interesaba sobre todo aprender. Cualquier libro o cualquier discurso lo escuchaban porque tenían siempre ganas de aprender. A mí me hizo mucho bien aquel afán de formarse que tenía la gente. La mayoría de los hombres eran pastores trashumantes y tenían tiempo para leer con avidez, sin poder aspirar a otro tipo de estudios. La gente de mi pueblo ahora ya no es así. Sólo escuchan lo que les interesa, sólo valoran lo que les llega, tienes que hablar a su nivel, lo objetivo aunque sea enormemente instructivo no les atrae, ha habido un cambio profundo en la filosofía de la vida. Ahora no

interesa el saber sino el experimentar. Lo interesante es tener nuevas experiencias aunque seas un indocto. Nadie te escuchará hablar de Dios si tu palabra no afecta a su experiencia personal. Por eso, la Renovación tiene unas posibilidades óptimas de evangelización porque el testimonio y la experiencia de los demás, interesa actualmente.

\*\*\*\*\*

Son varios los motivos que he tenido para escribiros esta carta. Me falta el último por contar. Charlando en un bar, de repente me di cuenta de que en estos últimos días de Enero se cumple el aniversario de algo muy importante para mí. Me refiero al tipo de predicación con el que vengo haciéndolo desde hace muchos años. Nada menos que treinta. Treinta años predicando de la misma manera, bajo la misma luz. He cambiado, sin duda, los contenidos, la forma de hacerlo, la experiencia interior, mi oración, mi relación y comprensión de los datos revelados, el público, no sé cuantas cosas más. La luz, sin embargo, es la misma ya que no he predicado desde mi razón sino desde lo que se me iba dando. Tal vez a alguno le parezca pretencioso lo que voy a decir pero, como dice San Pablo, muchos, los más sencillos, alabarán a Dios por mi causa aunque sin mérito alguno de mi parte.

La historia de mi forma de predicar ya la he escrito en algún otro sitio pero la repito porque una de las cosas bellas de Maranatha es que todos los días hay gente nueva. Comenzó con un gran trauma. En el año de 1955, siendo estudiante dominico en Ávila, entré con otro compañero en la habitación del profesor de oratoria. Nuestra intención era socializar el tabaco que encontraríamos. No había tabaco porque dicho religioso no fumaba. Nos habíamos equivocado de habitación. Lo que si encontramos fueron las fichas de los alumnos de oratoria. Leímos la ficha del compañero, un tal Nieto, y le ponía por las nubes. Tenía un brillante futuro como predicador. En la mía, por el contrario, resumía el profesor la impresión que yo le causaba con una frase mortífera: “Posibilidades como predicador en el futuro: nulas”.

El tal Nieto se salió de la Orden al año siguiente con lo que no sé qué habrá sido de su oratoria. Lo que sí sé es el complejo que me entró a mí. Teníamos que predicar un par de veces al año para hacer prácticas en el refectorio, mientras los frailes comían. Unos cien religiosos, en una sala

espaciosa, alta, con pinturas y artesanados bellísimos, construida por los Reyes Católicos y tú en un púlpito tres metros por encima de los manducadores y tres por debajo del techo. Llevábamos las chuletas que con los nervios a más de uno le volaban cayendo sobre las alubias de algún comensal. Todos nos poníamos nerviosos, pero lo mío era de infarto. Qué horror, qué malos tragos. Me imagino que lo haría horrible. Sólo alguno de los amigos íntimos me daba al terminar una palmadita de conmiseración en el hombro sin atreverse a felicitarme ni siquiera por cumplido. El día que canté Misa en Tejerina, mi pueblo, saludé a la gente desde el altar a la llegada y a las dos frases tuvo que seguir el cura porque me corté.

Dice el Cantar de los Cantares que es fuerte el amor como la muerte y la pasión más cruel que el abismo pero más implacable y pertinaz que todo eso es el complejo. Más acervo que cualquier violencia de género. Años después de cantar Misa me seguían las diarreas cuando tenía que hablar delante de algún público escogido. Escribía el sermón, me lo aprendía de memoria, colocaba los folios en el ambón, rezaba, me encomendaba a todos los dioses y montones de veces me cortaba, me quedaba en blanco, sudaba goterones de agonía. Imaginad la Iglesia de Alcobendas en la Misa de una, que siempre me la ponían, con más de mil personas mirándote fijamente. El predicar se me convirtió en una tortura y estuve mil veces por tirar la toalla y no hacerlo más.

En la Renovación carismática hice un cierto progreso. Pasé de escribir la charla a quedarme con un esquema. Ya me iba soltando. No obstante la primera charla que di en una asamblea nacional en 1980, en el Escorial, la llevé escrita por entero. Desde 1976 hasta 1982 apenas prediqué, no por negarme sino porque me retrahía con lo que tampoco me lo pedían. Además yo pertenezco a la segunda generación de la Renovación, no a los de primerísima hora que eran los que daban las catequesis. No obstante cada vez me iba soltando más. En Enero de 1982, el día 1, murió Julio Figar, un joven dominico de 27 años, en un accidente. Era un gran carismático y un gran predicador. Días antes le había escrito una carta la chica mencionada más arriba en la que le decía: *Ayer, el Señor me dijo algo para ti: deja todos los esquemas y vuelve a la Biblia. Para la predicación busca siempre el encuentro con Xto. y sustituye las charlas y los esquemas por la Biblia. Quizás me digas que siempre predicas con la Biblia, no lo sé; pero es del Señor que vuelvas a ella. En ella está una*

*fuerza inagotable de sabiduría. Deja que el Señor te hable a través de la Biblia. Confía un poco en la Providencia. Busca tu encuentro con Xto vuelve a la Biblia y confía, no temas; el Señor también te sacará de ésta. Dile a "nuestro padre" Domingo que te vigile un poquito pues eres novicio suyo y él sabe lo que agrada al Señor y, como tú sabes, Él le ha confiado en modo especial el carisma de la predicación. Bueno, tú todo esto ya lo sabes; haz caso de lo que diga el Señor<sup>6</sup>.*

Julio ya no recibió esta carta. Me la entregaron a mí. Al leer ese párrafo me dije: “Esto, si no es para Julio tiene que ser para mí”. Lo acepté así, sin hacer más, ya que no sabía qué hacer. Julio tenía a finales de ese mismo mes de Enero un compromiso de dar los ejercicios a las monjas dominicas de Ajofrín. Como él no podía cumplirlo, lo hice yo. Cuando empecé a preparar mis consabidos esquemas me fue imposible: tenía el cerebro como anestesiado. Intenté preparar algo mentalmente; imposible. No tuve más remedio que leer un trozo de la Biblia delante de cada charla e improvisar en fe. Las monjas se asombraban de lo que decía pero el más asombrado era yo. “No echamos de menos a Julio”, me decían. Bien veía yo que era verdad porque aunque hablaba yo, no era yo.

Treinta años llevo predicando así porque jamás he podido volver a ningún esquema ni cosa parecida. Esta predicación es una enorme cruz. Ante cada charla, y llevo miles desde entonces, la misma aprensión, el mismo miedo, el mismo acto de fe y de confianza. Cada vez tienes que tirarte sin remedio a una piscina vacía. Julio decía que predicar era sacar pan de un cesto vacío y ver cómo todos se alimentan y hasta sobra. Esta forma de predicación hace daño en el estómago y en el vientre. No es humana. Siempre tienes la tentación de volver a lo que sabes, a lo aprendido, a tu teología. Te gustaría la seguridad de llevar algo preparado, pero no puedes. Por otra parte, sabes bien que, si lo haces, eres tú el primero en aburrirte y no llegas a nadie. Uno comprende perfectamente el texto de San Pablo, Efesios 6, 19, en el que dice: *Ina moi dothê lógos èn ànoíxei toû stómátós mou*, o sea, *rogad que se me da la palabra al abrir la boca*. También el otro de Corintios 9, 16: *Predicar el evangelio no es para mí ningún motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa tendría derecho a una recompensa, mas si lo hago forzado es que es una misión*

---

<sup>6</sup> Maite, carta 54

*que se me ha confiado. Ahora bien, ¿cuál es mi recompensa? Predicar el evangelio gratuitamente.*

Esta forma de predicar incluye algo de la necesidad de la predicación. El saltimbanqui, el payaso, las franciscas, Saturnín, participan algo de esa necesidad. Dios no quiere que se predique su mensaje con palabras de sabiduría humana. Entonces, dirá alguno, ¿no hay que ser serios?, ¿no hay que emplear el sentido común? Sí, pero hablamos en otra onda. ¿No hay que formarse?, dirá otro. Sí, y estudiar mucho pero para que lo aproveche el Espíritu Santo al abrir tú la boca. Hay dos formas de pobreza: la natural, que el Espíritu utiliza como parábola cuando quiere, y la infusa. Esta la realiza el Espíritu en quien quiere en aras de algún carisma. Nadie es pobre si no es empobrecido. La pobreza del que predica con carisma procede del Espíritu pero sucede en el individuo que ejerce el carisma. Puede darse cuando el individuo está muy bien formado, es equilibrado y tiene pleno sentido común como San Pablo y la mayoría de los predicadores. La predicación tiene que estar encarnada en la realidad de cada día y en los signos de los tiempos. Cuanta más sensibilidad y experiencia tenga el predicador en estos temas, mejor. Sin embargo, el único que sana, el único que conoce el estado y la realidad de cada persona y de la comunidad entera es el Señor. El Reino de Dios no es cosa de sabios y poderosos a no ser que sean a la vez sencillos de corazón.

Maranatha puede convertirse en un pueblo sabio, entendido y experimentado en las cosas de Dios mientras no pierda la conexión con lo más pobre de sí mismo. El Señor nos regala siempre suficientes pobres y suficiente pobreza para que recapacitemos ya que de la carne y de la sangre brotan otras tendencias. Este, nuestro pueblo, está capacitado para aguantar muchas pobreza y muchos pobres que, si bien lo miramos, nos hacen más bien ellos a nosotros que nosotros a ellos. Lo que nos molesta de ellos es lo que nos apetece ser desde nosotros mismos.

Madrid, 31-01-12

Chus Villarroel O.P.